

# Judaísmo y política: el caso Benjamin y el caso Bloch

Miguel SALMERÓN

Universidad Autónoma de Madrid

*miguel.salmeron@uam.es*

Recibido: 02/10/2010

Aprobado: 22/12/2010

## Resumen:

Este artículo se desmarca de un juicio de valor muy habitual que, considerando sus respuestas políticas ante al nacionalsocialismo, valora la resolución de Bloch y desdeña la pusilanimidad de Benjamin. Aun reconociendo la diferencia de sus caracteres y la influencia de su procedencia sociológica en sus actitudes, se distingue en la escritura, el amor por el detalle y el utopismo operativo de ambos un sustrato común propiciado por su cultura judía.

*Palabras clave:* exilio, política, judaísmo, utopía, nacionalsocialismo, mesianismo, izquierdismo, materialismo histórico

## Abstract:

This article attempts to set itself apart from another, that state Bloch, unlike Benjamin, has showed determination skill facing up to national-socialism. Even considering their different temperaments and social origins, their writing, their love for the details, and their operative notion of utopia shows a common ethnic substratum provided by their Jewish culture.

*Keywords:* exile, policy, Judaism, utopia, national-socialism, messianic, leftism, historical materialism

Una tentación a la que se puede sucumbir al hablar de Bloch y de Benjamin es acentuar mucho la capacidad de adaptación de Bloch a una época turbulenta y cruel así como la inadaptación de Benjamin. Mientras que Bloch habría sido enérgico para soportar los envites y vicisitudes, Benjamin habría sido débil e imperito. Mientras que Bloch habría diagnosticado con lucidez y prontitud el peligro nacionalsocialista, Benjamin habría sido ingenuo y tardó en su lectura de los tiempos. Esos muy diferentes umbrales de intuición y resolución parecen materializarse en sus acciones concretas de exilio y huida. Bloch ya había vivido un primer exilio en Suiza entre 1917-1926, y en 1933, poco después de la *Machtergreifung* huye de Berlín. Por su parte Benjamin tardó demasiado en huir de la Francia ocupada y lo hizo a través de Vichy, lo que resultó fatal para su suerte.

Si bien es cierto que entre los dos hubo diferencias en la respuesta a su tiempo, y que muchas de estas diferencias pueden encontrarse en dos personalidades contrapuestas e incluso en sus diversos orígenes socioeconómicos, entiendo que, sin dejar de mencionarlas y exponerlas, se deben introducir los debidos matices para no caer en tópicos y sobre todo en una serie de valoraciones indebidas que nos harían, sin más, considerar a Bloch valeroso e inteligente<sup>1</sup> y a Benjamin pusilánime y aalelado.

Tomando a Bloch y Benjamin como objeto de estudio y el papel político del intelectual como foco principal del tema, nos preguntamos en qué medida el judaísmo contribuyó a que el pensamiento de ambos tuviera unas características análogas y peculiarmente orientadas a un utopismo marxista<sup>2</sup>.

Bloch nació en la industrial Ludwigshafen, hijo de un revisor de los Reales Ferrocarriles de Baviera. En su niñez quedó marcado el contraste entre su ciudad natal y la población que se encontraba justo enfrente de ésta y nada más cruzar el Rin, Mannheim, Corte de los Príncipes de El Palatinado y de importantes Palacios, Teatros y Museos. Es decir de todos aquellos componentes más simbólicos de una cultura circunscrita. Los padres de Bloch eran judíos y Bloch se manifestaba así respecto a la religión en su juventud:

A los diecisiete se es así, o se odia la Biblia o se extrae de las Sagradas Escrituras todo lo que la fría mecánica no puede explicar, todo menos los Diez Mandamientos, que se entienden como una oposición a la vida.<sup>3</sup>

A la luz de manifestaciones como ésta, vemos bien que no nos encontramos ante un judío ortodoxo, mas sí cabe afirmar que hay una manifestación de lo judío en el pensamiento de Bloch como ocurre con la remisión a los relatos jasídicos en obras suyas como *El espíritu de la Utopía y Huellas* y que lo judío estuvo presente en su vida, pues sus tres matrimonios se llevaron a cabo con arreglo al rito de la religión de sus padres.

<sup>1</sup> Bloch tiene la valentía...de no renunciar a que los destinos del hombre estén en sus manos...sin aceptar ninguna idea de progreso de cuño panlogista”, Ramos Centeno, Vicente, *Utopía y razón práctica en Ernst Bloch*. Madrid, Endymion, 1992, p.242

<sup>2</sup> “Es sei uns nur allzugut gelungen, das Fürchten zu lernen, jetzt komme es darauf an, das Hoffen zu lernen. Bloch intoniert das wie einen Orgelton, und er lässt ihn...immer mächtiger werden” Walsler, Martin, “Prophet mit Marx und Engelszügen”, ( Hemos conseguido aprender bien lo que es el miedo, ahora tenemos que aprender lo que es la esperanza. Bloch entona esto como la melodía un órgano que suena cada vez con más fuerza) VV.AA, *Über Ernst Bloch*, Frankfurt am Main, Suhrkamp. p.9

<sup>3</sup> Bloch, Ernst, *Huellas*, Madrid, Tecnos, 2005, p.66

Por su parte Benjamin, fue hijo de la alta burguesía berlinesa. Años de opulencia y de una formación cultural envidiable se vieron interrumpidos por la Gran Depresión y la ruina de la familia. La relación de Benjamin con lo judío, siendo análoga a la de Bloch, es más intensa. Su obra *Sobre el lenguaje en general y sobre el lenguaje de los hombres* está escrita desde una profunda asunción de la creencia en la realidad creadora de la palabra de Yahvé. Además fue muy amigo de Gershom Scholem<sup>4</sup>, el principal especialista del siglo XX en mística judía y Cábala<sup>5</sup>, y el utopismo de su opúsculo *Sobre el concepto de la Historia* está teñido de la creencia mesiánica judía.

Un aspecto presente en ambos pensamientos es la relevancia que ambos conceden al detalle. A diferencia del clásico discurso filosófico, que busca conceptos universales, Bloch y Benjamin se ciñen a lo particular. Recordemos que, por poner un caso de esquema filosófico típico, Aristóteles señalaba que la ciencia sólo lo era del universal. Supongamos que observamos a un hombre con la intención de estudiarlo. Según los parámetros aristotélicos, que tenga el pelo de un color o más o menos largo son hechos que no interesan ni a la ciencia ni a la filosofía, porque son y consisten en pura particularidad. Sin embargo sí que es relevante para ambas que el hombre sea bípedo, que no utilice las manos para la locomoción, que le sea posible pensar de modo reflexivo, que tenga un lenguaje doblemente articulado. Sin embargo Bloch y Benjamin se oponen a este universalismo abstracto. El universalismo abstracto elimina lo singular del ámbito de lo relevante, cuando paradójicamente y en el fondo, lo singular es la única realidad que existe. Ignorar lo singular cercena y clausura cualquier acceso a lo particular, que tanto para Bloch como para Benjamin constituye el núcleo más vivo, expresivo y rico de la filosofía<sup>6</sup>. Además, el universalismo abstracto es el padre de la mayor y más nociva abstracción. Una abstracción que se obtiene del acontecer y el devenir histórico: la idea de progreso. Si hacemos abstracción de todo acontecer particular para alcanzar el ritmo mismo del devenir, no obtendremos más que el vacío, pero reactivamente, y ante el *horror vacui*, querremos otorgarle a ese vacío un sentido. El sentido que damos a ese discurrir que hemos previamente neutralizado por la abstracción, se llama progreso. El progreso es la creencia ingenua o malévola en que el mero paso y el transcurrir del tiempo va a traer de la mano una mejora de las condiciones de vida de la humanidad. Dicha abstracción ha sido la generadora de una visión de la historia obsesivamente marcada por una proyección hacia el futuro, que ignora las peculiaridades idiosincrásicas, nivela sociedades y oprime peculiaridades culturales. Bloch y Benjamin son firmes opositores a una filosofía de la abstracción y a una idea abstracta de progreso y creen en que el mejor antídoto contra este mal es el cultivo del detalle. Bloch hace un acopio minucioso de mitos, leyendas, relatos, visiones filosóficas imaginativas y fantasías científicas de la utopía. Al fin y al cabo, sueños diurnos sobre la colectividad que, a lo largo de los tiempos, han abrigado las más nobles intenciones del hombre para con sus semejantes y que deben ser tenidas en cuenta por las tendencias políticas emancipatorias. Era muy significativa la afirmación de Bloch de que el

<sup>4</sup> Si bien su acercamiento al sionismo también tuvo sus motivaciones intrínsecas: "Benjamin's failure to obtain an academic post, and with it the disappearance of parental support, forced him to look other organisations which would be professionally congenial and also provide real material support. One clear option was Zionism" Roberts, Julian, Walter Benjamin, Londres, McMillan Press LTD, 1982, p.43

<sup>5</sup> La increíble preeminencia de la palabra en la tradición judía se manifiesta en que la Torah no sólo compromete al hombre, sino también a Dios: "El Dios talmúdico...se convierte en la Cábala, en Dios sometido a su propia Ley: la que él le dio al hombre" Safran, Alexandre, Barcelona, Martínez Roca, 1976, p.127.

<sup>6</sup> "toda categoría presenta dos aspectos: uno pulsante e insistente, que subraya su carácter inacabado (*Dass*) y otro lógico-predicamental (*Was*) que confiere contenido ontológico al flujo ininterrumpido del *Dass*" Ureña Pastor, Manuel, *Ernst Bloch: ¿Un futuro sin Dios?*, Madrid, B.A.C., 1986, p.125

mundo se encerraba entre Hegel y Karl May. Hegel entendía la plenitud dialéctica de la realidad como un todo concreto (idea que, por cierto, procedía del judío Espinosa) y Karl May era un escritor alemán de novelas del oeste que por la riqueza que por la fantasía y la agilidad de sus tramas llenó de goce la infancia de Bloch. Por su parte Benjamin planeó un proyecto de una obra ensayística monumental sobre el París del siglo XIX, *La obra de los pasajes*. Un proyecto que, aun inconcluso, ha quedado como testimonio de la maestría de la pluma de Benjamin. En esta obra se abundaba en el impacto del progreso y de la vida moderna en el constructo que esta genera y que sirve de escenario de su desenvolvimiento: la gran urbe. El progreso se cobra víctimas, como la prostituta que convierte su cuerpo en mercancía afirmando existencialmente en su desdichada vida la transformación del valor de uso en valor de cambio, núcleo del capitalismo. Otra víctima es el embriagado que reacciona contra la frustración que le produce su gris vida diurna en el trabajo dejándose llevar por la ausencia y supliendo el vacío por otro vacío. Pero también la Modernidad tiene sus héroes, opositores a la lógica abstracta y aplastantemente niveladora del progreso. Son aquellas figuras y personajes que, por su cultivo de lo peculiar, se oponen a lo abstracto. El paseante, el *flâneur*, colecciona momentos que no pueden arribar al concepto, por la fugacidad y por la heterogeneidad que caracteriza a los instantes. El *dandy* busca con su aspecto y sus maneras la distinción, se niega a la uniformidad, a la *mediocridad* y al orden férreo de la vida burguesa. Su voluntad es heroica, incluso mártir aunque, como hicieron los *dandies* Baudelaire, Poe o Wilde, se pague con la inmólación social por serlo.

En definitiva la atención al detalle constata que nada de lo humano les era ajeno ni a Bloch, ni a Benjamin. En ambos hay un poderoso amor por el detalle. Y en la importancia por el detalle, en la acentuación del momento, sí que podemos ver un importante influjo de la religión de sus padres. La salvación es algo de Dios, entretanto el hombre sólo puede decirse y decirle a sus semejantes: “centrémonos en la inmanencia del momento”. No hay ningún momento privilegiado sobre otros, porque la llegada del Mesías, afectando absolutamente al hombre, es aquello que el hombre menos puede predecir y describir. Conocer de antemano el momento de la llegada es lo menos asequible al hombre, pero será lo más evidente cuando se produzca. Hacer cada momento pleno, humanamente pleno, es afirmar su potencial, auténtica y divina plenitud. En un principio no hay ningún momento mejor que otro, porque cualquiera puede ser el de la llegada del Mesías<sup>7</sup>.

Ese centrarse en el detalle de Bloch y de Benjamin, es muy propio de la tradición hebrea y de pensadores laicos nacidos en ella. Las parábolas de promisión de los profetas, son poco a poco reemplazadas por parábolas, que recalcan cada vez más el carácter absolutamente trascendente e inasible del *deus absconditus*. En este sentido es muy significativo que el introductor y acuñador del concepto de inconsciente, Sigmund Freud, fuera judío. Para asumir el inasible y, con todo, omnipresente inconsciente, sólo queda el ceñirse a la recuperación del detalle perdido, el síntoma, el sueño, el chiste, el acto fallido; tal vez pistas o tal vez no, quizás huellas o no, de un rastro incierto y de un camino perdido<sup>8</sup>. Es muy

<sup>7</sup> Sirva como muestra este espléndido texto: “...otro rabino, un auténtico cabalista, dijo una vez que para reconstruir el reino de la paz, no habrá que destruirlo todo para que comience un mundo nuevo; sino que bastará con mover un poco cada taza, cada ar busto, cada piedra y así todas las cosas. Como esta pequeñez es tan difícil y su medida es tan difícil de encontrar, y en lo que toca al mundo los hombres no lo podrían realizar, habrá que esperar a que llegue el Mesías.” Bloch. Ernst, *Huellas*, op.cit, p.165

<sup>8</sup> La atención de Bloch al detalle también es ponderada por este ilustre comentarista: “er klopft von seinem kommunistischen Standpunkt aus unsere ganze bürgerlich-kapitalistische Kultur untersuchend ab, um festzustellen, welche Teile und Reste dieser Kultur auch für die Zukunft, für den klassenlosen Staat wichtig sein und weiterleben könnten”, Hesse, Hermann, “Über Ernst Bloch Erbschaft dieser Zeit”, en VV.AA. *Ernst Bloch Wirkung. Ein Arbeitsbuch zum 90.Geburstag*, Francfort del Meno, Suhrkamp, 1975, p.48

propia de los relatos judíos o de origen judío esa atención al detalle como posible resquicio de la esperanza, y como ubicación de la desesperanza a la vez. Las nuevas parábolas, las posteriores al tiempo de los profetas, no apuntan tanto a la salvación cuanto a la dificultad de la creencia en ella y siempre acaban corroborando la soledad ontológica del hombre, muy especialmente del hombre judío. Los relatos jasídicos y los de Franz Kafka son en este sentido análogos. Es irrelevante desde el punto de vista de su similitud que los primeros tengan una temática rabínica y los segundos un carácter laico. Tanto en un caso como en otro se apunta a la soledad ontológica.

Lo mismo que la parte humana del contrato que implica la Alianza es la fe, el único vínculo inmediato del hombre con la salvación es la creencia en ella. El detenimiento en el detalle es la respuesta a la ausencia de un hilo rojo que nos conecte con la salvación. Sí, Dios está escondido, y no parece querer desocultarse tras el velo de los destierros, la marginación y los progromos: a Babilonia le sucedió Egipto, a éste Roma y a aquella, Europa. Pareciera como si el estar escondido de Dios fuese lo que demanda del judío su creencia en Él. Pongamos como ejemplo esta frase de Bloch: “Dios no nos pone las cosas sencillas, y es por eso por lo que hemos de agradecerle”<sup>9</sup>

No las pone sencillas, porque la fe no tiene más contenido que la fe. Sin embargo la esperanza tiene todos o ningún contenido, puede estar en todos y en ningún lugar.

Y esta visión no cosificada y no determinable de la salvación, nos permite dar pie a la exposición de otro sentimiento y otra concepción igualmente judíos, e igualmente propios de Bloch y Benjamin. Un sentimiento y una concepción que podríamos etiquetar bajo el rótulo de lo a-tópico de lo utópico. Ya hemos señalado que tanto Bloch como Benjamin son pensadores para quienes tiene una enorme relevancia la utopía, hasta tal punto que constituye el núcleo de su pensamiento. Bloch en todas sus obras pero especialmente en el *Espíritu de la utopía* y en *El principio esperanza*, hace un acopio y una exposición de numerosas visiones, proyecciones y constructos de la imaginación productiva orientadas a la mejora y armonía del mundo. Benjamin se apoya en la cábala, diseño de todo posible acontecer, y el mesianismo, punto de fuga y convergencia de cualquier futuro. Y convierte a ambas en brújula de sus variadas exploraciones en el mundo de la crítica literaria, la teoría del Arte en los tiempos de reproductibilidad técnica y la filosofía de la historia, llevando a cabo todas estas exploraciones en clave utópica. En el fondo de los acopios de Bloch y de las exploraciones de Benjamin hay una profunda creencia judía. A saber, para el judío es innegable que la venida del Mesías supondrá la ruptura de la historia, es decir, ruptura entendida como interrupción de un tiempo acumulativo y lineal, cuya sucesión se verá cortada por el advenimiento de un tiempo de plenitud. Sin embargo, la concepción profundamente trascendente de Dios que tiene el judaísmo no habilita para hablar de lo que sobrevendrá tras la llegada del Mesías. Y aunque la llegada del Mesías es la utopía de las utopías, en tanto que consiste en la plenitud de los tiempos en un sentido absoluto, hay menos razones aún para idearla como una utopía política y estatal. Hay muchas menos razones, porque está claro que la evolución histórica del judaísmo en Europa, marcada por la marginación, la opresión y la persecución, no había fomentado precisamente una conciencia positiva frente a la política, más bien había generado recelo en las comunidades judías. Habíamos comenzado esta reflexión afirmando que lo a-tópico de lo utópico se fundamenta en que la fe sólo tiene por contenido la fe, mientras que para la esperanza sólo hay una puerta, pero esa puerta puede ser potencialmente cualquiera. Partiendo de esa autorreferencialidad de la fe y esa inconcreción de la esperanza, no tiene mucho sentido

<sup>9</sup> Bloch, Ernst, *Huellas*, op.cit., p.164.

concederle a la llegada del Mesías una ubicación y a la etapa postmesiánica, a ese *trastiempo*, una forma, pues esa forma, en tanto que previamente concebida por una mente humana sería discordante con la plenitud que quiere idear. Es decir, habría una desproporción entre el limitado diseño que una mente humana puede llegar a concebir y la plenitud efectiva. Por mucho que esa mente fuera sabia, y por mucho que esos diseños mentales de la utopía fueran fruto del diagnóstico y el escrutinio de un nutrido número de sabios, la utopía imaginada traicionaría al sentido mismo de la utopía. La utopía no es ingeniería social, la utopía es reservorio y portador de la esperanza. De ahí que los proyectos utópicos de Bloch y de Benjamin no hablen del lugar de la utopía, sino del impulso que conduce al cambio radical, a la ruptura con un tiempo vacío, lineal y carente de significado, y acentúe la potencial plenitud de cada momento.

Ni Bloch ni Benjamin nos ofrecen, pues, utopías espaciales y sociales, ya sean estas utopías políticas, científicas o económicas. Sus utopías no nos presentan modelos figurados de un Estado garante definitivo de toda justicia: como Platón, San Agustín, Tomás Moro o Campanella. No nos muestran una confianza ciega en la ciencia que impida pensar en otra consecuencia de su desarrollo diferente de la más perfecta de las armonías, como Bacon o Comte. No diseñan lugares de consecución de la igualdad y de felicidad beatífica en la Tierra como Fourier y Owen.

Bloch señala muy expresivamente que “Reducir la utopía a utopía social, es reducir la electricidad al ámbar”<sup>10</sup>. Recordemos que los griegos se percataron de sus propiedades eléctricas producidas al rozar ámbar con otros objetos. De ahí la etimología de la palabra *electricidad* que viene del griego *ἤλεκτρον*, que quiere decir *ámbar*. En definitiva, identificar utopía y utopía social, es cosificar la utopía, es privarla de las briznas de halo divino que tal vez pudieran animarla y hacerla efectiva.

Las propuestas de Bloch y Benjamin nos muestran los impulsos, las latencias, los resquicios por los que se produce un cambio profundo y decisivo, que puede ser entendido como un corte en la historia.

De hecho, hablar del lugar de la utopía es contradictorio, es una *contradictio in terminis*, pues utopía significa ausencia de lugar. Ya hemos señalado que recalcar lo a-tópico de lo utópico en Bloch y en Benjamin tiene mucho que ver con el judaísmo originario de ambos.

Por el contrario la ubicación de la utopía, la utopía dotada de un *topos*, es propia de culturas hegemónicas que quieren reafirmar dicha hegemonía o recuperarla en caso de haberla perdido.

Por ejemplo con Platón nos movemos en el ámbito de la *Polis*, y no debemos olvidar que en última instancia su filosofía es filosofía política y desemboca en Teoría del Estado y más concretamente en Teoría del Estado ideal. Platón ideó en su *Politeia* o *República* la mejor forma de Estado como consecuencia de su rechazo de la ineficacia del sistema democrático ateniense, de la que quedó viva muestra en la derrota en la Guerra del Peloponeso. Su utopía se materializa a partir de una sana envidia del orden y el sentido cívico espartanos, pero en el fondo de sus intenciones resplandece la nostalgia por una Atenas dorada y aristocrática.

<sup>10</sup> Bloch, Ernst, *El principio esperanza*, Madrid, Trotta, 2004-2007, vol I, pag.39

Por su parte los monarcas cristianos, ya fuera su poder autoritario o absoluto, se intitulaban monarcas por la Gracia de Dios. Los utopistas de cuna y cultura cristianas tienen muy en cuenta que ese vínculo de la autoridad con la divinidad hace mucho más eficaz la función homogeneizadora del Estado. Y ese reconocimiento se hace desde una profunda creencia cristiana como la de San Agustín o Tomás Moro o desde un punto de vista laico, que con todo pondera el papel positivo que ha tenido el catolicismo para unificar la cultura, como ocurre con Comte. En definitiva desde estos parámetros se confiere al gobierno terrenal una relevancia importante de salvaguarda y de propiciamiento de un Reino de Dios o de un Reino análogo al de Dios.

Por el contrario, la época de David y Salomón fue un breve lapso de tiempo en el cómputo de la historia universal. Desde el punto de vista político la cultura judía no ha sido hegemónica, sino marginal, y en algunos casos, en muchos, propia del exilio. Además a esa condición de la cultura judía, en Bloch y en Benjamin se suman sentimientos producidos por los exilios que ambos hubieron de emprender a lo largo su vida por ser judíos e izquierdistas, y ser perseguidos por el Tercer Reich. Todo ello contribuye a que partiendo de lo a-tópico de lo utópico, hagan énfasis en el gran momento revelador, propiciador y desencadenante del cambio, que rasgando la historia, abre la plenitud.

Pasamos ahora a una consideración más estrictamente política de Bloch y Benjamin. Ambos vivieron en la Alemania de entreguerras, en la llamada República de Weimar, y fueron ideológicamente de izquierdas. Sin embargo mantuvieron una postura distanciada respecto al movimiento obrero y a los partidos socialdemócrata y comunista, hasta el punto de que discreparon de su acción política y sus tácticas durante esta franja histórica. Adelantemos que también el judaísmo sirvió de instancia crítica para intuir el erróneo diagnóstico de su época que hicieron estos movimientos.

Weimar nació tras la derrota de los Imperios de Centroeuropa en la Primera Guerra Mundial. Weimar pretendía ser una República democrática parlamentaria cuyos pilares serían el Estado de Derecho y la división de poderes. Sin embargo, esa democracia no encontró suelo frente al campo abonado que los tiempos ofrecieron al radicalismo político: tanto de izquierdas como de derechas.

La izquierda socialista aceptaba la democracia como un acceso progresivo a la justicia a través de las reformas sociales y quería entenderse a sí misma como un adversario leal de los partidos republicanos liberales. Por el contrario el comunismo entendía que el reformismo era una vía muerta y entendía que toda justicia pasaba por la supresión de la democracia burguesa y la revolución. Muchos intelectuales alemanes de la época, entre ellos Bloch y Benjamin, sintieron fascinación por la Revolución Soviética del diecisiete. Esta revolución fue entendida como la madre de una serie de sucesivas revoluciones capaces de instaurar una paz definitiva en Europa y un punto final al imperialismo. Esta paz y esta igualdad estarían sustentadas sobre la justicia social.

Sin embargo fue el radicalismo de derecha el gran triunfador en esta coyuntura histórica. En Alemania la evolución de la economía dio al traste con Weimar y con todos los sueños izquierdistas, ya fuesen reformistas o revolucionarios. Las abusivas reparaciones de Guerra que Alemania tenía que abonar establecidas por el Tratado de Versalles, se manifestaron en la vida cotidiana del ciudadano alemán como empobrecimiento y en el sentimiento nacional como humillación. Quizás lo más deshonroso era ver a Francia, Bélgica y Holanda ocupando las regiones occidentales para explotar sus cuencas mineras y de ese modo ir viendo satisfecha la deuda. Pero sin duda fue la Gran Inflación la puntilla de una población sumamente golpeada por la evolución de la economía, la descapitalización de múltiples empresas lleva a innumerables lock-outs y a un paro galopante. Esta

situación fue instrumentalizada por el NSDAP, el Partido Nacionalsocialista de los Trabajadores Alemanes para dejar de ser una formación minoritaria y convertirse en una organización de masas. Ya conocemos la historia: en las elecciones de 1932 fue la lista más votada, y nada más llegar al poder se puso en práctica lo que Carl Schmitt había llamado el *Führerprinzip*, el monopolio de la decisión en una sola persona para poner en marcha unas medidas provisionales de excepción que hagan frente a una situación de emergencia<sup>11</sup>. La persona sobre la que recayó ese monopolio de la capacidad de decisión, fue el nuevo canciller. Pronto se reveló que las medidas provisionales, no acabaron con el estado de emergencia, sino que dieron lugar a una legislación estable de partido único en la que el sistema parlamentario voló por los aires.

La pregunta que siempre se hicieron Bloch y Benjamin es por qué la historia tomó esta deriva, por qué el nacionalsocialismo instrumentalizó y aprovechó hasta tal punto una situación histórica propicia para un giro revolucionario comunista.

Bloch tiene para esta candente cuestión sus respuestas, sin duda alguna más explícitas y específicas que las de Benjamin. Para empezar entiende que, ante el enemigo marrón (recordemos que este era el color distintivo de los nacionalsocialistas), el Movimiento Obrero y los Partidos de Izquierda debieron aparcar durante un tiempo sus diferencias políticas. Debieron entender que al menos provisionalmente no era tan importante el dilema reforma-revolución cuanto el triunfo sobre un enemigo común. Para ello tendrían que haber constituido un Frente Popular de oposición al nacionalsocialismo. Pero, aparte de las acciones políticas concretas, Bloch entiende que el éxito del nacionalsocialismo radicó en hacer una usurpación del utopismo en una época desesperada y por lo tanto necesitada de esperanza. Bloch señalaba que un concepto muy importante para comprender cómo se desenvuelve la ideología es el de asincronía.

Ya conocemos que el materialismo histórico entiende que el modo de producción, que constituye la base material es condicionante de la ideología de una sociedad. Con todo no siempre todos los avances en el modo de producción se incorporan inmediatamente a la ideología y quedan en ella formas propias del pasado. Precisamente ese fenómeno es el queda conceptualizado como asincronía por Bloch. La asincronía es la: “persistencia vegetativa de formas de producción arcaicas que han sobrevivido, con su séquito de anacrónicas relaciones sociales y políticas”. Bloch nos dice nos dice que la asincronía sin embargo puede asentarse en formas de conciencia contrarias al progreso, atrasadas y reaccionarias, pero también puede contener un pasado oprimido y no expiado, deseos y añoranzas que deben ser tomadas en serio por la política socialista<sup>12</sup>. De ahí la necesidad de que la izquierda no se dejara usurpar ciertas nociones e hiciera un apropiamiento de los conceptos de nación, patria, suelo patrio, territorio, incluso caudillo (Führer), cuando ese Führer o caudillo es la clase obrera entendida como sujeto de la historia, o incluso Tercer Reich, si es que este significa el Comunismo logrado como consecución de la Revolución.

<sup>11</sup> Una de los puntos más controvertidos de la trayectoria de Benjamin fue su cercanía a Carl Schmitt, y la puesta en juego del término teología política como descriptor del drama barroco en su estudio sobre dicho género, cf. Roberts, Julian, *Walter Benjamin*, op.cit., p.154

<sup>12</sup> “De ahí que Bloch critique tanto el progresismo filisteo, ese modo estúpido y contradictorio de ver la historia que no entiende el pasado sino como error y embuste, y que por otro lado, acepta ingenuamente que todo lo nuevo siempre es bueno”, Ramos Centeno, Vicente, *Ernst Bloch 1885-1977*, Madrid, Del Orto, 1999, p.26.

Efectivamente el nacionalsocialismo fue un movimiento dotado de una envoltura utópica<sup>13</sup> que hizo de todos esos conceptos instrumentos para ganar adeptos y alcanzar el poder. Incluso en sus inicios tuvo una vitola obrerista, populista y presuntamente revolucionaria. De hecho las SA, siendo una organización anticomunista y violenta era también un movimiento obrerista y anticapitalista que abogaba por una nacionalización de las grandes empresas industriales. La *Noche de los cuchillos largos*, con el asesinato de los cuadros de mando de las SA, fue el tributo que hubo de pagar el nacionalsocialismo para llegar al gobierno. Es curioso que el partido alcanzara el poder aniquilando a aquella facción del mismo más activa que fue la que propició que se convirtiera en partido de masas.

En todo caso, frente al populismo utópico de las SA, que tuvo un enorme predicamento en importantes capas de la pequeña burguesía y de la clase obrera, el reformismo de los socialdemócratas y el imperativo de la revolución de los comunistas no fueron transmitidos con suficiente agilidad a la clase obrera<sup>14</sup>, y en numerosas ocasiones sólo fue entendido numerosas veces como estrategias de élite de los cuadros de mando de los partidos<sup>15</sup>. Y lo peor, como una abstracción, incapaz de comprender la *docta spes*, la sabia esperanza<sup>16</sup>.

Benjamin también tiene sus respuestas, o, para ser más exacto, su respuesta. Los errores de la izquierda son principalmente imputables a una visión progresista de la historia. El progreso, como ya hemos señalado, es esa abstracción que nos sugiere haciéndonos creer que todo lo que va a venir en un futuro va a ser necesariamente mejor. La socialdemocracia con sus ansias de reforma pensaba que el capitalismo burgués llegaría a una autodisolución por la implantación progresiva de reformas que consolidarían la justicia. El comunismo pensaba que la revolución estaba asegurada por la evolución del capitalismo hacia su propio colapso producido por el punto de no retorno al que iba a llegar ese modo de producción por la insostenibilidad de su desarrollo. Benjamin nos lo expone soberanamente en su primera tesis sobre el concepto de la historia, en la que ejemplifica los incautos pronósticos de la izquierda mediante la imagen de un autómatas que gana siempre todas sus partidas de ajedrez a su adversario porque dentro de ese autómatas hay un enano omnisciente que se llama materialismo histórico<sup>17</sup>. Como muy bien señala Gagnebin, *Sobre el concepto de la historia* es un escrito que nace del imperativo de repensar la revolución y de hacerlo en términos no deterministas<sup>18</sup>.

<sup>13</sup> Para Bloch, el fascismo “es en parte la copia nebulosa y falaz del socialismo”, Zudeik, Peter, Ernst Bloch. Vida y obra, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1992, p.123.

<sup>14</sup> No hay que olvidar que la Gran Inflación y la Gran Depresión condujeron a una hipertrofia del tamaño de una pequeña burguesía proletarizada y que la “pauperización, que lleva a un contacto súbito con la máquina produce en el pequeño burgués o bien la irracionalidad o bien la racionalidad mecánica”, Salmerón, Miguel, “Antes, de y para el exilio. *Herencia de esta época* (1935/1962) de Ernst Bloch”, en Arbor, n° 739 (Septiembre-October, 2009), p.957.

<sup>15</sup> “der Sozialismus verspricht mit der Naturalisierung der Menschen zugleich eine Humanisierung der Natur. Die endgültige entfaltete Natur liegt zusammen mit der endgültigen hergestellten Geschichte in Horizont der Zukunft” (El socialismo promete con la naturalización del hombre la humanización de la naturaleza. La naturaleza desarrollada definitivamente descansa en el horizonte del futuro junto a la historia definitivamente constituida), Habermas, Jürgen, “Ein marxistischer Schelling”, en VV.AA., *Über Ernst Bloch* op.cit., p.70.

<sup>16</sup> Respecto a la necesaria oscuridad de la esperanza, cf. Jiménez, José, *La estética como utopía antropológica. Bloch y Marcuse*, Madrid, Tecnos, 1983, p.37.

<sup>17</sup> Benjamin, Walter, *Obras*, libro I, vol 2, Madrid, Abada, 2008, p.305

<sup>18</sup> Cf. Gagnebin, Jeanne-Marie, “Über den Begriff der Geschichte”, en Lindner, Burkhardt (ed.), *Benjamin Handbuch. Leben-Werk-Wirkung*; Stuttgart-Weimar, Metzler, 2006, p.286.

Sin embargo el progreso no es una panacea, ni un constructor de armonía, toda la armonía a la que puede dar lugar la obtiene a costa de la destrucción del pasado y de la conversión en ruina de lo que este nos pudo legar. Y a lo mejor en esas ruinas, a lo mejor en eso olvidado, hay una queja y un lamento de un sueño que no llegó a cumplirse y que merece la pena que alguien lo recuerde y lo reavive. No en balde Benjamin decía que el auténtico materialismo histórico debía consistir en “revivir lo comprendido”,<sup>19</sup> y de ello queda muestra en su inmortal texto de Benjamin en *Sobre el Concepto de la historia* acerca del *Angelus Novus* de Klee<sup>20</sup>.

Bloch y Benjamin contestaron desde su izquierdismo de raigambre judía a los desafíos de su época. Su respuesta consistió en el detalle para contrarrestar la barbarie, en la esperanza para oponerse a la ingeniería social, la lucidez para atenuar la burocracia. En definitiva en el espíritu de la utopía para propiciar su advenimiento efectivo.

<sup>19</sup> Fórmula muy ponderada por el introductor de Benjamin en el mundo de habla hispana, el gran intelectual colombiano, director de Taurus, Girardot, cf. Gutiérrez Girardot, Rafael “Walter Benjamin y sus afinidades electivas”, en *Cuestiones*; México, F.C.E., p.208

<sup>20</sup> “Hay un cuadro de Klee (1920) que se titula Ángelus Novus. Se ve en él a un Ángel al parecer en el momento de alejarse de algo sobre lo cual clava su mirada. Tiene los ojos desenchajados, la boca abierta y las alas tendidas. El ángel de la Historia debe tener ese aspecto. Su cara está vuelta hacia el pasado. En lo que para nosotros aparece como una cadena de acontecimientos, él ve una catástrofe única, que acumula sin cesar ruina sobre ruina y se las arroja a sus pies. El ángel quisiera detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo despedazado. Pero una tormenta desciende del Paraíso y se arremolina en sus alas y es tan fuerte que el ángel no puede plegarlas... Esta tempestad lo arrastra irresistiblemente hacia el futuro, al cual vuelve las espaldas mientras el cúmulo de ruinas sube ante él hacia el cielo. Tal tempestad es lo que llamamos progreso” Benjamin, Walter, *Obras, libro I, Volumen 2*, op.cit., p.310